Los límites de la industrialización en Chile, 1850-1880

● LUIS ORTEGA
Universidad de Santiago de Chile

En los últimos seis años ha pasado a ser casi un lugar común para parte de los chilenos afirmar que, a raiz de ciertos importantes logros económicos, el país finalmente ha dado su gran "salto al futuro", ha "dejado de pertenecer a América Latina" y se encuentra en el "umbral del desarrollo"; todo ello como resultado de una supuesta "revolución silenciosa" que habría tenido lugar durante la dictadura de Augusto Pinochet[1]. Naturalmente, aquellos que no han sido beneficiados por el fenómeno en discusión no hacen suyas esas afirmaciones, que no sólo es posible –y esperable– escuchar de servidores del extinto régimen militar; también fueron funcionarios del gobierno del Presidente Patricio Aylwin quienes las formularon aunque, naturalmente, en forma menos eufórica y con más reservas[2].

Este es un tema difícil, sobre el cual, en primer lugar, se debe hacer una clarificación conceptual –modernización[3], modernidad y desarrollo, entre otros–, y luego dis-

1. La expresión "salto al futuro" sirvió de título al libro de Alfonso Márquez de la Plata –ministro con varias carteras durante la dictadura de Augusto Pinochet– publicado en 1992. "Revolución silenciosa" es el título del libro de Joaquín Lavín (1987), entonces Secretario General del Partido Unión Democrata Independiente. Respecto de este libro véase Tironi (1988).

2. Empleo el concepto de "euforia" siguiendo a John K. Galbraith (1990), pp. 3-4: "... en el corto plazo, se diría que es un ataque motivado ya sea por una comprensión deficiente o una envidia descontrolada en relación al maravilloso proceso de enriquecimiento. A más largo plazo, se podría pensar que demuestra una falta de fe en la sabiduría inherente al mercado". Véase las declaraciones de los ministros de Hacienda, Alejandro Foxley, y de Economía, Jorge Marshall, en *El Mercurio*, 22 y 28 de diciembre de 1992 respectivamente para visiones más balanceadas. Al completarse este ensayo otro economista, con una óptica más distante, se sintió obligado a formular un llamado a la sobriedad, señalando que "se deben evitar actitudes de complacencia y congratulaciones diciendo que la crisis quedó atrás o que estamos a niveles de Europa"; Sebastián Edwards en suplemento "Mundo Económico" p. 4, de diario La Terera, 12.XI.1993.

3. Se entiende por modernización para los efectos de este ensayo la generalización de algunos rasgos de capitalismo desarrollado, en donde la sociedad es vista como autoregulada, en donde todas las fuerzas sociales están inscritas institucionalmente resolviéndose los problemas al interior del sistema político. Por su parte, en lo económico *moderno* implica relaciones mercantiles *sin trabas* que impidan su desarrollo.

cutir las políticas aplicadas, los resultados y los costos. También invita a una reflexión –en este caso sobre un período decisivo del siglo XIX, pero sin por ello olvidar el presente– acerca de las modernizaciones, frustraciones, las euforias, los logros y los éxitos. No es ésta, ciertamente, una discusión nueva. En el presente siglo se registran al menos tres períodos –las décadas de 1910 y 1930, y en los años de 1955 a 1970– en que debates similares alcanzaron alta intensidad y productividad, reflejando una fuerte discusión en la sociedad civil. Los dos libros más influyentes sobre el tema publicados en este siglo –*Nuestra inferioridad económica* de Francisco Encina, y *Chile, un caso de desarrollo frustrado* de Aníbal Pinto– corresponden a dos de esos períodos –notables en términos de debates y publicaciones, sobre todo el que comprende los años 1950 a 1970–. Aún ambos son incluidos en la bibliografía de todo curso respetable de historia económica de Chile[4].

Hoy, como en aquellas ocasiones, la discusión y el análisis no son fáciles. Pero el peso de las carencias actuales de la sociedad chilena, sobre todo de los sectores de menores ingresos, bienestar y oportunidades, hacen difícil aceptar, sin un cuestionamiento mayor, las afirmaciones más eufóricas. El que aún un tercio de la población viva en la pobreza es un dato demasiado obsceno como para proclamar con soltura supuestos saltos al futuro y revoluciones silenciosas[5]. Este es un factor de suma importancia, pues "el país no se desarrolla si un tercio de la población continúa viviendo en condiciones de pobreza; si más de un 90% de los niños y jóvenes que asisten a establecimientos subvencionados [por el Estado] siguen recibiendo una educación que, salvo excepciones, es de baja calidad; si dos terceras partes de la población tienen como opción de atención de salud un sistema que continúa siendo claramente insatisfactorio"[6].

Así, si bien es cierto que en los últimos veinticinco años han tenido lugar profundos cambios culturales, económicos, políticos y sociales, Chile sigue siendo, de acuerdo con el Banco Mundial, un país atrasado[7]. En este sentido, parece más adecuado, en términos de modernidad, aceptar que, como lo ha señalado recientemente Carlos Altamirano, Chile tal vez se encuentra a la cabeza de los países no modernos; que "es más moderno que Perú y Bolivia, por ejemplo, pero incomparablemente menos que Francia, Suecia, Suiza, e incluso Corea y Taiwan"[8].

De otra manera, ¿cómo explicar las enormes carencias del desarrollo científico-

4. La primera edición del libro de Encina es de 1911; el de Pinto fue publicado por primera vez en 1959.

5. Esto significa que un poco más de 3,3 millones de personas están en esa condición. Sin embargo, ha habido un notable progreso en esta área; según un estudio del Instituto de Economía de la Universidad Católica de Chile, en 1985 el 45 por ciento de los chilenos vivía en la pobreza: declaraciones del ministro de Hacienda, Alejandro Foxley; *El Mercurio*, 22.XII.1992.

En todo caso, durante la dictadura el deterioro en este aspecto fue dramático; si en 1969 el 28,5 por ciento vivía en la pobreza, hacia 1979 ese porcentaje ya se había elevado al 36 por ciento; véase Ortega y Tironi (1988), p. 43.

6. TASC (1993).

7. World Bank (1992), o economía de "ingreso medio bajo" en el grupo de los "países de ingreso medio"; pp. 213-215.

8. Entrevista en diario *La Epoca*, segundo cuerpo, 21.III.1993.

tecnológico, de la infraestructura de transportes –que afectaba la circulación interna de bienes y podía llegar a frenar el crecimiento de las exportaciones–[9], o en la cobertura social expresada en serias carencias en educación, salud, servicios urbanos y vivienda?

Sin embargo, hay elementos que hoy permiten mirar con mayor optimismo el futuro económico y social del país[10]. A pesar de los costos muy altos pagados por la mayoría de la población, es preciso reconocer lo que hoy constituye la base del crecimiento, recurrir a la historia para precisar sus antecedentes, y mirar a otras coyunturas en que el país –o su clase dirigente– creyó que el desarrollo era alcanzable en el corto plazo. El sentir de los chilenos en estos días invita al historiador, especialmente si él/ella se dedican al estudio de la economía, a la reflexión sobre el pasado económico con los ojos del presente.

La coyuntura 1850-1875, o la primera gran equivocación

Hace ciento veinte años, la élite chilena mostraba un estado de confianza y optimismo lindante en la euforia. Entonces *progreso* era la palabra que dominaba los discursos, y el modelo económico y social que ofrecían los países más avanzados de Europa y que ya comenzaba a aflorar con gran potencia en los Estados Unidos parecía ser obtenible en pocos años. Así lo avalaba la evolución experimentada por la economía en los veinte años anteriores.

Un destacado comentarista económico de entonces afirmó, en lenguaje elocuente y casi barroco, que si se prestaba atención a lo ocurrido en las dos décadas precedentes, no cabía más que admirar "el desarrollo extraordinario que ha tenido...nuestro [país] en las industrias i el comercio, en el tráfico i los cambios, la construcción i la riqueza tanto privadas cómo públicas". Tan evidente era el "progreso" experimentado, que no eran necesarias "citas i apreciaciones históricas o estadísticas" para sustentar esas opiniones. Bastaba la memoria, pues todo había comenzado "a fines del gobierno de Bulnes" [1851], y tal era el ímpetu del proceso en marcha, que sólo cabía esperar "mayores i más fecundos...adelantos positivos y múltiples"[11].

Afirmaciones similares a la de Marcial González eran comunes por aquellos días. En el mes de octubre de 1872 el poco elocuente senador y líder conservador, Manuel José Irarrázaval, afirmó que el país vivía un período de "...gran prosperidad material e intelectual...", en que se habían desarrollado sus actividades productivas, crecido las ciudades y multiplicado el número de bancos[12]. Contemporáneos del período legaron

9. Véase al respecto el Mensaje del Presidente de la República al Congreso Pleno del 21 de mayo de 1991, en el cual se hace un completo recuento y análisis de esta cuestión.

10. Así lo sugiere el crecimeinto del PBI a una tasa promedio del 6 por ciento anual durante los últimos cuatro años, respaldado, por ejemplo, por un crecimento de la tasa de inversión del 25,6 por ciento en 1992 hasta alcanzar al 22,8 por ciento del PIB. El aumento de la tasa de inversión como porcentaje del PIB después del retorno del país a la democracia es notable; véase World Bank, op. cit.

11. González (1872), p. 47.

12. Cámara de Senadores; sesión extraordinaria, 27.X.1872.

testimonios que, con el beneficio del tiempo, corroboran las palabras anteriores; el líder conservador Abdón Cifuentes y el autor de la historia liberal clásica del período, Agustín Edwards, describen ampliamente el ambiente de euforia económica de los primeros años de la década de 1870[13], y una mirada a los indicadores disponibles parecería refrendar sus opiniones. En ese contexto comenzó a emerger el sector industrial chileno.

Sin embargo, sólo cinco años después de las aseveraciones de González e Irarrázaval, el país se encontraba sumido en la crisis más severa y devastadora de su vida independiente, la que le llevó al borde del abismo y desde donde sólo lograría escapar gracias al estallido, en abril de 1879, de la Guerra del Pacífico[14]. En otras palabras, la prognosis del primer lustro de la década de 1870 fue errada, como lo sería en varias otras ocasiones en el futuro, y la dimensión de la depresión tal, que hasta podría ser considerada como la primera frustración del desarrollo criollo; pero ¿fue realmente así? ¿Era un proceso de desarrollo económico en marcha lo que estaba en juego?

Esta es una cuestión delicada en la cultura chilena: el desarrollo económico –o modernización capitalista– insuficiente o ausencia de él. Desde los albores de la república, el desarrollo económico y social –de acuerdo con los modelos europeo primero y estadounidense después– ha sido un objetivo tan deseado como esquivo para los líderes de la República. Y en tanto equéllos constituyeron los modelos conscientemente adquiridos por la clase dirigente, es en torno a los logros en esa dimensión que ellos deben ser juzgados[15].

Hacia 1850 Chile se insertó plena y definitivamente en la gran corriente de la economía internacional en un momento de expansión productiva y comercial, y de transformaciones sociales sin precedentes, como resultado de las cuales emergió un nuevo y paradigmático modelo de desarrollo económico, en el cual la producción industrial, el desarrollo del transporte y las comunicaciones y la formación de amplios mercados terminaron por substituir definitivamente a la "economía de antiguo régimen" basada principalmente en la producción agropecuaria y la producción artesanal de bienes manufacturados: es el momento del apogeo de la modernidad capitalista[16].

Más aún, se puede afirmar que fue durante el cuarto de siglo 1850 y 1875 que los países de desarrollo capitalista más vigoroso en la víspera de la Primera Guerra Mundial –Alemania, Estados Unidos, Japón, Suecia, entre otros– completaron sus transformaciones estructurales decisivas. En esos años el crecimiento y los cambios impuestos por la industrialización en los países de mayor desarrollo plantearon diversos

13. Cifuentes (1936), 2 vols, vol. II. Edwards (1932), los capítulos referidos a las presidencias de José Joaquín Pérez y Federico Errázuriz Zañartu en vol. II.

14. Mi visión de que la guerra fue una salida a la crisis buscada por un segmento de la élite en mi artículo Ortega (1984). En la misma publicación véase los artículos de William F. Sater, "Chile during the first months of the War of the Pacific", y "Chile and the world depression of the 1870s", en vols. V y XI, parts 1, respectivamente.

15. Burns (1980), especialmente capítulo III.

16. Labrousse (1948), pp. 19-21. Hobsbawm (1972), p. 19.

desafíos a los países más atrasados o periféricos. En primer lugar, éstos tuvieron que adaptarse a las nuevas características del comercio internacional. Segundo, y más importante, en relación a su estructura productiva enfrentaron un doble desafío: seguir el ejemplo de esos países e industrializarse, o desarrollarse mediante la venta de sus productos primarios a los mercados en expansión de los países de mayor desarrollo[17].

Pero aceptar esos desafíos exigía no sólo cambios productivos y tecnológicos. El proceso de transformación requería el cambio social; después de todo, el sistema fabril era el producto de una "revolución industrial" que había dado "nacimiento a clases sociales que en su progreso y mutua oposición llenan la historia de nuestro tiempo". Y si ese sistema, junto con la ciencia y la democracia eran "las fuerzas que desde los puntos vista económico, intelectual y político controla[ban] la evolución de las sociedades modernas"[18], no cabía sino penetrar también por el camino de la transformación social, del cambio en la tenencia de la tierra y en la distribución del poder político. Se trataba de un cambio global; el resultado de la combinación de innovación y acumulación, de la instauración de un orden social nuevo, en el cual, según Angus Maddison, el rol de la propiedad y de las instituciones sociales no era, como antes, la preservación del *status quo*, sino que, por el contrario, era el facilitar el cambio[19].

El resultado para los países que iniciaron su desarrollo económico y social antes o durante el período 1850-1875 ha sido espectacular y, ciertamente, Chile no está entre ellos. Entre 1820 y 1979 los países hoy miembros de la OECD multiplicaron su PIB 70 veces y su PIB *per cápita* 14 veces. Más cercano al período que trata este ensayo, entre 1850 y 1875, el PIB de los seis países más industrializados –Alemania, Bélgica, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos– creció al 2,5 por ciento anual, casi doblando su valor. Algunos países que recién iniciaban ese camino, como Suecia, crecieron a tasas ligeramente mayores[20]. Ese fue un período crucial para aquellas futuras historias exitosas; durante ese cuarto de siglo importantes cambios económicos, políticos y sociales se consolidaron, tomaron lugar o adquirieron un ritmo decisivo.

En Chile en esos años se registró un notable proceso de expansión productiva que, junto con otros factores, dio lugar al período eufórico ya mencionado. Pero no hubo transfomaciones estructurales y tampoco desarrollo. Hubo varios ciclos eufóricos, y su fin fue siempre dramático y la desilusión profunda. Nunca, en todo caso, después de ellos –como lo ha señalado John K. Galbraith en términos para esas fases– se formularon las preguntas adecuadas respecto de los problemas de corto y largo plazo que generaron tales desenlaces. Así, lentamente, se fue configurando una profunda desazón y deterioro de las condiciones de vida, que derivó en lo que eufemísticamente a comienzos de este siglo se llamó la "crisis moral" y la "cuestión social" y en el desarrollo de

17. Lewis (1978), pp. 158-159. El empleo del concepto *desarrollo* en vez del de *crecimiento* es importante.
18. Mantoux (1961), pp. 476 y 28. La primera edición inglesa de esta obra es de 1927.
19. Maddison (1982), p. 16.
20. Maddison (1982), Appendix A, Tables A5 y A6.

un fuerte complejo de inferioridad colectivo que, con los años, se convirtió en fuente de múltiples y, a veces, álgidas controversias y conflictos.

¿Qué ocurrió en Chile, en las esferas económica y social, en aquellos años? A pesar de las limitaciones de la base estadística con que se cuenta es posible hacer algunas estimaciones de carácter general y formular algunas comparaciones con la evolución de variables similares en países que iniciaron procesos de desarrollo capitalista pleno durante aquél cuarto de siglo.

El cambio más aparente es aquel que se registró, a partir de 1850, en el sector externo. Una combinación de factores, entre los cuales cabe destacar, en el largo y mediano plazo, el desarrollo de la industria pesada, la modernización de los medios de transporte terrestre y marítimos y el aumento de la liquidez internacional –resultado esto último en gran medida del descubrimiento de oro en California–, junto con la restauración del orden en Europa a partir de 1849 abrieron una etapa de crecimiento y desarrollo económico sin precedentes en las economías noratlánticas[21]. Los acontecimentos económicos en los países de mayor desarrollo tuvieron un impacto rápido, directo y acumulativo sobre el sistema económico chileno, alterando definitivamente el letargo colonial. Tal vez el factor de demanda externa de más resonancia histórica sea el explosivo aumento de la demanda por trigo, harina y –en menor escala– otros productos agropecuarios. Este fue acompañado por el menos espectacular pero más significativo aumento de la demanda por cobre en el mercado londinense, la que pronto permitió un importante aumento de la producción y que el país se colocara a la cabeza de los exportadores de cobre en el mundo hacia comienzos de la década de 1870.

La apertura de la medianía de siglo determinó las características del desarrollo del sector externo por los siguientes veinticinco años, y redundó en un crecimiento de éste a una tasa acumulativa anual de 4,8 por ciento entre 1850 y 1874, período durante el cual el valor de las exportaciones creció al 4,6 por ciento anual, y el de las importaciones al 5 por ciento[22].

Pero además de considerar los elementos externos que crearon condiciones para esa expansión, es importante señalar por lo menos dos factores internos que permitieron al país responder adecuadamente al desafío exógeno. El primero de ellos lo constituye la estabilización político-institucional lograda en la década de 1830, la cual, salvo dos convulsiones menores en la década de 1850, se mantuvo y perfeccionó hasta la guerra civil de 1891[23]. El segundo, íntimamente ligado al anterior, está representado por la reactivación productiva desde comienzos de los años 1830, vía recuperación de la demanda interna, de los mercados externos tradicionales y de una modesta, pero crucial, apertura de otros nuevos[24]. Este último factor no cuenta tan sólo por su significación respecto del funcionamiento del sistema económico y su repercusión positiva

21. Saul (1976).
22. Al menos que se indique lo contrario, todos los datos estadísticos provienen de Ortega (1979).
23. Valenzuela (1985), *passim*.
24. Ortega (1976), capítulo I. Benavides, "Relaciones comerciales de Chile con México y Centroamérica, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, No. 79, (1968), pp. 206-230.

sobre las finanzas públicas, pues implica que la recuperación hasta 1850 y la subsecuente expansión se realizó sobre la base de la estructura productiva y de propiedad de los medios de producción tradicional inalterada.

Sabida es la importancia del efecto multiplicador, en la esfera productiva, del retorno de las exportaciones en una economía. Pero en el caso chileno, el "tirón" de demanda externa tuvo otras expresiones trascendentes; una de ellas fue crucial y consistió en que éste se convirtió en el factor que imprimió el dinamismo necesario para que la economía saliera del letargo colonial. Segundo, se tradujo en un cambio significativo en las prácticas comerciales y financieras, las que si bien habían experimentado algún grado de transformación en las dos décadas anteriores, ahora entraron en un franco proceso de modernización y expansión, ya sea de las casas comerciales chilenas o, principalmente, de las extranjeras[25].

En tercer lugar, la nueva situación contribuyó a la consolidación de las finanzas públicas, lo cual, a su vez se tradujo en: a) el restablecimiento del acceso del país al mercado financiero de Londres, en el cual fueron contratados una importante cantitad de empréstitos públicos; b) ligado a lo anterior, en un significativo incremento del gasto público no tan sólo en cuestiones burocrático-administrativas, sino también en comunicaciones (el Estado construyó la red telegráfica), educación en todos sus niveles y especialidades, transporte (a través de la construcción por parte del Estado de la red ferroviaria del valle central), e infraestructura –caminos, puentes, instalaciones portuarias y una amplia variedad de edificios de servicio público[26].

Esto último tuvo una doble importancia. En primer lugar liberó al capital privado de realizar importantes inversiones en las áreas señaladas contribuyendo así a una mayor flexibilidad para los agentes privados y, por otra parte, redundó en un significativo fortalecimiento del poder y autonomía del Estado, factor que adquirió singular importancia en términos del desarrollo del país[27].

El activismo estatal se explica por la naturaleza misma del Estado chileno y, en gran medida, por las demandas que la coyuntura externa impuso al país y la escasa capacidad de respuesta del sector privado frente a ellas. La primera, y más urgente, fue la necesidad de reemplazar la arcaica infraestructura de transportes y comunicaciones con sistemas nuevos que permitieran una más eficiente administración político– administrativa y tributaria del país, así como una mayor y más fluida circulación de bienes, información y provisión de servicios. En este sentido, la actividad del Estado fue determinante en la instalación y operación de una red telégráfica, que hacia 1875 se extendía por 5.500 kilómetros y que había permitido en 1872 la comunicación con Buenos Aires y de allí a Londres por cable[28]. En relación a la construcción de ferrocarriles, cuya extensión total en 1875 llegó a los 1.700 kilómetros el 56 por ciento de las líneas

25. Cavieres (1988).
26. Al respecto véanse Humud (1974), pp 10-60, y Ortega (1985).
27. Respecto de este último punto, véase Carmagnani (1984), p. 96, y el ensayo de Jocelyn (1993), especialmente pp. 28-32.
28. Johnson (1948).

estaban localizadas en la zona central, eran de propiedad pública y explotados en forma eficiente y rentable. En otras palabras, entre 1850 y 1874 se construyeron en el país 68 kilómetros de vías por año y a fines del período había 0,82 kilómetros de línea por cada mil habitantes.

El impacto del desarrollo ferroviario sobre formaciones sociales atrasadas, como la chilena de entonces, no es tema de este trabajo, pero sí es importante destacar tres aspectos: su incidencia sobre la estructura de población y la urbanización; la introducción de un nuevo concepto y una nueva estructura de administración y explotación de empresa, y en la apertura de posibilidades de desarrollo para nuevas actividades productivas. En relación a lo primero, cabe destacar la aceleración de la tasa de crecimiento de la población entonces definida como urbana entre 1865 y 1875 –al 3,4 por ciento anual, mientras que la del país lo hizo al 1,3 y la rural al 0,4 por ciento– y el mejoramiento experimentado por las principales ciudades: Concepción, Santiago y Valparaíso. En importante medida, ambos fenómenos estuvieron ligados al desarrollo ferroviario.

La puesta en marcha de las empresas ferroviarias, ya fuesen públicas o privadas, contribuyó decisivamente a la apertura de una etapa enteramente nueva en cuanto a la racionalidad y la lógica de la organización empresarial[29], y en cuanto a desarrollo productivo, su influencia en la creación de condiciones favorables para el desarrollo de nuevas actividades productivas fue decisiva. Una de ellas fue la minería del carbón en la cual se materializaron cuantiosas inversiones, un alto nivel de empleo y un rápido crecimiento de la producción[30]. Y cabe recordar que los ferrocarriles jugaron un rol decisivo en la creación de condiciones para el desarrollo de la producción industrial. Este último también fue el caso de Chile, en donde durante esos años se registraron las primeras manifestaciones de producción industrial capitalista[31].

El desarrollo de ésta tuvo repercusiones hasta en la estructura de las importaciones. En la década de 1870 el peso relativo del valor de las materias primas en el total importado pasó del 4,6 por ciento en 1870 al 9,6 por ciento en 1879. En el mismo período la participación porcentual del valor de las importaciones de maquinaria y equipo en el total aumentó del 5,8 al 8,1 por ciento, aunque en este caso se debe hacer provisión para lo que se destinaba a la agricultura y la minería. Finalmente, en relación a esta variable, cabe señalar que durante la segunda mitad de la década, cuando como consecuencia de la severa depresión el total de las importaciones disminuyó al 2,1 por ciento anual, las de materias primas crecieron al 5,5 y las de maquinaria y equipo al 1,2 por ciento anual. En otras palabras, observado este último antecedente, se podría argumentar que la substitución de importaciones "natural" había ya adquirido su propio ritmo y dinamismo.

29. Al respecto véase la tesis de Magister de Pamela-Araya Ferriere, *Las finanzas y el empleo en la Empresa de los Ferrocarriles del Estado*, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 1992.
30. Ortega (1982) pp. 1-33.
31. Muñoz (1971), p. 15. Ortega, 1981.

Dese el punto de vista productivo la importancia del sector industrial emergente puede ser apreciada si se observan las líneas de producción que alcanzaron mayor capacidad y los bienes que elaboraron: la rama de mayor importancia fue la de productos metálicos, maquinaria y equipo, seguida por la de elaboración de alimentos. La primera comprendía el 21 por ciento de los establecimientos, el 42 por ciento de la fuerza de trabajo y un tercio de la fuerza motriz del sector; al grupo alimentos correspondían el 28, 18 y 27 por ciento respectivamente. De acuerdo a estas mismas variables, las ramas que seguían en desarrollo eran maderas y muebles, papel e imprentas, bebidas y textiles.

Los establecimientos del sector metalúrgico, maquinaria y equipo lograron un nivel de capacidad productiva que, atendidos los problemas de escasez de mano de obra cualificada y las limitaciones tecnológicas –entre otros–, fue significativo. En ellos se elaboró material rodante – especialmente carros de carga– para los ferrocarriles; motores a vapor, calderas y maquinaria para molinos harineros, otras fábricas, minas y refinerías de cobre; calderas, hélices y otros complementos para barcos mercantes y de guerra; maquinaria y equipo para faenas agrícolas y, tal vez uno de sus mayores logros en términos de acceso a mercados, equipo para las explotaciones salitreras de la entonces provincia peruana de Tarapacá. Pero no fue sólo esta rama del sector industrial que se desarrolló en forma destacada; en casi todas las restantes durante el período 1860-1879 se registraron logros productivos, de mercado y tecnológicos que conforman un conjunto tal de "combinaciones nuevas", que es posible referirse a ellas como a la primera etapa de la industrialización chilena[32].

Los resultados de la emergencia de esas nuevas actividades productivas no estuvieron, naturalmente, limitados a la producción de nuevos bienes y servicios. También contribuyeron a la ampliación y creciente integración del hasta entonces precario mercado interno a través, entre otros factores, del comienzo de la difusión del trabajo asalariado. Esto último, era a su vez parte de un proceso mayor: la creciente monetarización de la economía.

Hasta 1850 la demanda por dinero fue limitada, como lo fueron el crédito y las transacciones. Sin embargo, el sistema económico estaba plagado de problemas monetarios: el más común, la escasez de moneda divisionaria; el más perjudicial para el desarrollo comercial, la falta de medios de pago alternativos. En los primeros años de la década de 1850, en la medida en que el *quantum* y el valor del comercio exterior e interno creció y aparecieron nuevas actividades, las limitaciones del sistema monetario se constituyeron en un obstáculo al crecimiento. De allí que las casas comerciales extendieran su práctica de emitir medios de pago que se aplicaron a nuevos usos y cubrieron una mayor área geográfica, y que instituciones bancarias *de facto* – hasta entonces prohibidas– comenzaran a emitir billetes.

32. Para una argumentación de esta propuesta, Ortega (1981), *passim*. Sin embargo, es importante el argumento de Lewis en cuanto a que el limitado desarrollo de producción de bienes de consumo es una medida del fracaso de la industrialización debido a las limitaciones de la demanda interna; capítulo V.

La existencia de bancos fue finalmente sancionada en 1860 con la promulgación de la ley que reguló desde entonces su instalación y funcionamiento. Desde entonces y hasta fines de 1875 el crecimiento del sector bancario fue significativo. En diciembre de ese último año, el balance de catorce instituciones mostraba que el capital nominal acumulado de ellas era de $51 millones (ese año el gasto público ordinario alcanzó su más alto nivel histórico: $15.939.009), o 1,5 veces el valor de las exportaciones; que su capital pagado era de $16 millones, o el 44 por ciento del valor de las exportaciones, y su emisión de billetes era de $8,7 millones. A esas cifras se deben agregar $15 millones en préstamos efectuados por bancos hipotecarios. La contribución de estos medios de pago a la puesta en marcha de la transición al capitalismo fue de importancia.

El aporte del sector público a ese proceso, a través del aumento del gasto, fue considerable. En efecto, entre 1850 y 1874 el gasto público total creció al 7,4 por ciento anual, es decir se multiplicó 5,5 veces y su nivel pasó a determinar la estructura y composición de los ingresos. Tan sólo la inversión en ferrocarriles en esos años alcanzó a $35 millones (2,2 veces el nivel más alto del gasto público corriente durante el período), y entre 1869 y 1874 – los años de mayor crecimiento de los indicadores disponibles– el sector público invirtió $7,3 millones de un gasto total de $96,1 millones en edificios y en las nuevas instalaciones portuarias de Valparaíso. Además se registró un importante incremento en el gasto en educación que se materializó en un fuerte aumento en el número de escuelas y en el de alumnos enrolados. Pero el proceso de cambio no estuvo limitado a las esferas económico-social; tal vez como parte de un sólo fenómeno, también en el ámbito de lo político las reformas encontraron un lugar. En efecto, superada la conmoción resultante de la guerra civil de 1859, en el transcurso de pocos años el país entró en un período de cambios políticos que otorgaron mayor estabilidad, flexibilidad y creciente legitimidad al sistema; empezaron con modificaciones que limitaron las prerogativas presidenciales y culminaron con la reforma electoral de 1874 que extendió el derecho a sufragio a todos los varones mayores de 21 años[33].

Este conjunto de factores se tradujo también en la generación de fuerzas económico-sociales que más tarde se manifestarían en las expansiones geo-económicas hacia el norte –Tarapacá y Antofagasta– y hacia el sur –Araucanía–. Las primeras se expresaron en toda su modernidad y arcaísmo en las inversiones salitreras, en la euforia argentífera de Caracoles y en la forma que adoptan las explotaciones. Las segundas combinaron la acción del Estado, a través de la presencia militar en el centro del territorio de la "Frontera" y la del sector privado en la presencia de mercaderes y aventureros que entran y salen del territorio indígena y, en el flanco costero, a través de la expansión de la minería del carbón[34].

Muchos otros elementos podrían ser agregados para una argumentación de un proceso de modernización –y de transición al capitalismo– en marcha. ¿El preludio a una "gran transformación"? Ciertamente, éste es un interrogante de difícil respuesta; pero

33. Una buena síntesis y mejor argumentación de la reforma electoral en Valenzuela (1985).
34. Véase Ortega (1992).

una buena forma de abordarla es observar las condiciones de aquellos países que también experimentaban procesos de crecimiento acelerados y que hoy, a diferencia de Chile, se encuentran entre los de mayores niveles de ingreso: Dinamarca, Japón y Suecia.

Una comparación de la dotación de factores relativos a procesos de modernización entre esos países, haciendo abstracción de la variable población, arroja resultados sugerentes[35]. Hacia 1870, en relación a la extensión de vías férreas y número de locomotoras, en términos absolutos Chile estaba en mejor situación que Dinamarca y Japón, pero por debajo de Suecia; en relación a lo mismo pero por cada mil habitantes, tenía una mejor dotación que Japón, una casi igual a la de Dinamarca pero inferior a la de Suecia. En lo que respecta a motores a vapor y HP, la relación era la misma que con respecto a vías ferreas y locomotoras, pero la distancia con Suecia era menor.

En el otro rubro a través del cual, según W. Arthur Lewis, se materializó la respuesta al desafío planteado por los países más industrializados –las exportaciones a los mercados de mayor poder adquisitivo, el panorama era el siguiente: en términos absolutos Chile estaba por encima de Japón y en un mismo nivel que Dinamarca y Suecia[36].

Hoy por hoy todos esos países registran altos grados de desarrollo y de producto e ingreso *per cápita*. En otras palabras, todos dieron su "gran salto al desarrollo" y su momento decisivo fue el del cuarto de siglo 1850-1875[37]. En ese contexto surge, inevitablemente, una pregunta de sentido común, pero plenamente justificada: ¿si ellos pudieron, por qué nosotros no?

Una explicación de naturaleza coyuntural pasa, inevitablemente, por la severa depresión de la segunda mitad de la década de 1870, resultante en el corto plazo del ciclo económico y, en el mediano, de profundos cambios estructurales en el comercio y la producción mundial. Para Chile ese fenómeno tuvo dos repercusiones trascendentales. En primer lugar, puso al descubierto la debilidad y vulnerabilidad de las bases sobre las cuales se había estructurado el crecimiento de las exportaciones y, en segundo, los productos agrícolas (harina y trigo) y mineros (cobre y plata) exportables fueron eliminados del mercado internacional por la concurrencia de productores más eficientes que abrieron con su oferta un largo período de baja en los precios de los productos primarios. Entre 1873 y 1878 el precio promedio del trigo en el mercado de Londres cayó en 41,6 por ciento, en tanto que la baja del cobre en el mismo período fue de 28 por ciento[38].

El efecto sobre las exportaciones, cuya viabilidad dependía de la persistencia de

35. Cálculos con datos para Chile de Oficina Central de Estadística, *Anuario estadístico de la República de Chile 1871-1872* (Valparaíso, 1873), y "Memorias" anuales de los superintendentes de los ferrocarriles de Valparaíso a Santiago, del sur, y de Chillán a Talcahuano. Para los demás países Woytinsky (1953) y (1955).

36. Datos para Chile, en Ortega (1976) capítulo V; para los demás países, Woytinsky (1955).

37. Maddison (1991), pp. 64, 162-166.

38. Lewis (1978) Table A.11, p. 289, y Ortega (1976) Table XXXI, p. 249, y Table LX; p. 419.

altos precios en el mercado internacional, fue devastador: su valor cayó en un cuarto desde su más alto nivel histórico en 1873 a su punto más bajo en 1877. Las repercusiones sobre la balanza comercial fueron inmediatas y dieron lugar a fuertes exportaciones de moneda metálica (especialmente oro) destinadas a cubrir los saldos deficitarios y, a su vez, ello derivó en la agudización de los efectos recesivos del la coyuntura externa y en un deterioro de la balanza de pagos que concluyó en la suspensión del pago de la amortización de la deuda, y en el interno, en una crisis monetaria de tales dimensiones, que culminó en la declaración de inconvertibilidad de los billetes de banco.

Dos factores de orden interno incidieron en forma decisiva en la profundización de esa crisis. El primero fue la euforia especulativa de comienzos de la década de 1870, cuyo fin se tradujo en una liquidación masiva de sociedades anónimas con las consiguientes pérdidas por parte de los inversionistas y en un severo ajuste por el lado de la demanda. El segundo fue la acumulación de una deuda externa cuyo monto en 1877 alcanzó al 82,2 por ciento del valor de las exportaciones de ese año, y cuyo servicio y amortización comprometieron casi el 20 por ciento del gasto público corriente. Pero estos dos problemas podían ser manejados internamente, como en efecto lo fueron[39].

Sin embargo, los de naturaleza externa no lo eran; por el contrario, ni el sector público ni los productores chilenos tenían posibilidad alguna de influir sobre el comportamiento de los mercados y precios internacionales. La única forma en que los cambios en éstos podrían haber sido enfrentados con éxito residía en aumentos de productividad, lo que a su vez demandaba transformaciones de orden estructural y ello, dados los fundamentos sociales del poder y la actividad económica, en el Chile de entonces eran un camino inviable. De allí que el debate sobre posibles soluciones y estrategias a seguir se centrara sobre las decisiones de política económica –especialmente la comercial– más apropiadas, y sólo en forma marginal se tocaran problemas tales como la tenencia de la tierra y la propiedad y formas explotación minera. Tanta fuerza y trascendencia tuvo aquel debate, que durante décadas los historiadores han sido seducidos por él y, generalmente, han basado sus análisis de aquella coyuntura casi exclusivamente en el estudio de la política económica.

El "peso de la noche" económica

Si en algún momento de su vida Diego Portales acuñó el concepto de el "peso de la noche" en su reflexión y formulación de proyectos políticos para Chile, a fines de la década de 1870 cualquier analista de la coyuntura económica en busca de explicaciones para el desastre que se vivía podría haber discurrido, con toda propiedad, sobre el "peso de la noche económica" o, en otras palabras, sobre el rol de las estructuras y prácticas tradicionales en el crecimiento experimentado hasta 1875 y en la crisis subsecuente.

39. Véase al respecto, Fetter (1931), capítulo I; Sater, artículos ya citados, y Ortega (1984).

Es muy probable –y esta no es nada más que una estimación pues aún no se está en condiciones de hacer mediciones fiables del producto para el período– que la economía chilena haya crecido a una tasa acumulativa anual de alrededor de 3 por ciento entre 1850 y 1875. La contribución más importante fue, naturalmente, aquélla de las economías urbana y minera, como se desprende de una observación de variables tales como exportaciones, importaciones (especialmente su ya referida composición), ingreso y gasto público. Si se tiene en cuenta que en el mismo período las cuatro economías más desarrolladas del mundo –Alemania, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña– crecieron a una tasa promedio de 4,4 por ciento, el ritmo de crecimiento chileno es bastante significativo. Sin embargo, ya han sido señaladas la naturaleza y características de la crisis en que culminó.

Y es que más que las cuestiones financieras y fiscales, detrás de la catástrofe había cuestiones de orden estructural que fueron determinantes. El crecimiento chileno de 1850 a 1875 –que entre otros fue elogiado por Michael Mulhall y varios representantes diplomáticos y consulares británicos–[40] se verificó sobre prácticas productivas y laborales de "economía de antiguo régimen"; en donde esos arreglos fueron explotados al máximo de sus posibilidades y el propio éxito de sus exportaciones contribuyó al reforzamiento de los sistemas de tenencia de la tierra y laboral en el campo y de propiedad y de explotación en la minería.

En el agro, las contribuciones de Arnold J. Bauer y Thomas C. Wright han dejado en evidencia que hasta bien entrado el presente siglo se reforzó la estructura de gran propiedad y en particular las formas de provisión de mano de obra tradicionales, es decir aquellas en que la intermediación del salario era muy limitada o inexistente[41].

Los estudios de Bauer han demostrado que entre 1854 y 1874 en Chile central se registró una marcada concentración del ingreso, en donde el número de propiedades de altos ingresos ($6.000 y más anual) aumentó en 122,7 por ciento (el mayor incremento que en cualquier otro grupo) pasando del 0,8 al 1,1 por ciento del total, y su participación en el ingreso total se incrementó de 26,8 a 38,8 por ciento. El segundo grupo de ingresos –entre $1.000 y $5.999– si bien registró un aumento del 105,7 por ciento en el número de propiedades –lo cual implicó que su participación en el total aumentó del 3,8 al 5,1 por ciento–, experimentó la más fuerte caída en términos de su participación porcentual en el ingreso de la economía rural: del 40,2 al 32,6 por ciento. Por debajo de $1,000 como ingreso anual –es decir en la pequeña propiedad– se produjo un aumento de 49 por ciento en el número de propiedades, pero su participación en el ingreso descendió del 33 al 28,6 por ciento. En otras palabras, los sectores de pequeña y mediana propiedad experimentaron un empobrecimiento real, mientras que los grandes propietarios gozaron de un considerable mejoramiento.

Dada esa evolución no es extraño que, junto con haberse registrado importantes

40. Cf., *The Progress of the World* (London, 1880, edición de The Irish University Press, Shannon, 1971), pp. 372-371. El más importante de los informes diplomáticos británicos es el de Rumbold (1876).

41. Bauer (1975) y Wright (1982).

aumentos en el volumen de producción y en la productividad, los beneficios de la expansión hayan más que nada contribuido al fortalecimiento de las estructuras tradicionales del campo, especialmente en lo relativo a la tenencia de la tierra y las relaciones sociales de producción. El resultado fue que en aquellos años, y no en los de la aristocracia colonial, la gran propiedad y los terratenientes estuvieron en condiciones de imprimir una marca indeleble en la vida social y política del país[42].

Incluso en las propiedades agrícolas de tamaño mediano en las cercanías al núcleo de la modernización –Valparaíso, que según Benjamín Vicuña Mackenna era "...el mercado del hierro y el asiento de la mecánica..." en el país–, el modelo tradicional continuó reproduciéndose. La hacienda "Viña del Mar", de 1.561 hectáreas (19 planas y el resto de "loma y cerro") e importante abastecedora del puerto, era aún "...como un fundo de campo, no [había] perdido el aspecto de hacienda de crianza que tenía *hace un siglo*, cuando una o dos de sus reses, pilladas a lazo en sus cerros, servían para el abasto diario de Valparaíso, [entonces] aldea de arrieros y pescadores". Pero junto con esos rasgos, "Viña del Mar" conservaba "también cuarenta inquilinos, a la antigua, que pagan arriendos de 6 a 150 pesos y tienen obligación de 'echar peón' diario por 25 centavos. En otras haciendas de la costa el jornal es de 10 centavos. Más al interior, mejora. En la vecina Limache, la obligación, que es una forma mas benigna de la antigua encomienda, *se paga casi como el trabajo libre* –50 centavos". Notable en sí, el relato es más importante aún si se considera que al nombrar Limache, Vicuña se refería a la hacienda del acaudalado minero José Tomás Urmeneta –y supuesto "pionero" empresarial–, en donde se habían introducido "...durante los últimos veinte años las más adelantadas industrias agrícolas: la de la viña europea, la lechería perfeccionada, las plantaciones artificiales...", y en la cual se habían invertido $140.000 en la construcción de obras de regadío. Similar caso se registraba en la hacienda de "San Isidro", cerca de Quillota, en donde el comerciante porteño de origen inglés, Joshua Waddington, había desarrollado la "lechería perfeccionada" mediante la introducción de "los más perfectos tipos de la raza Durham", y desarrollado las plantaciones de nogales y naranjos[43]. En otras palabras, aún allí en donde se habían registrado inversiones y un grado importante de innovación, las formas tradicionales de provisión y organización de la fuerza de trabajo, que en la práctica mantenían a la gran masa de trabajadores rurales al margen del mercado, fueron reforzadas.

Las rigideces del agro no fueron ajenas para los actores políticos de la época. Un número reducido, pero significativo, de ellos dada su relevancia, abogó por cambios especialmente en relación a condiciones de vida y trabajo y tenencia de la tierra[44]. Tal

42. Véase Arnold J. Bauer y Anne H. Johnson, "Land and labour in rural Chile, 1850-1935", especialmente Table 14, y Cristóbal Kay, "The development of the Chilean *hacienda* system, 1850-1873", ambos en Kenneth Duncan y Ian Rutledge, *Land and Labour in Latin America. Essays on the development of agrarian*.

43. *De Valparaíso a Santiago* (Santiago, Imprenta de El Mercurio, 1877), pp. 98, 166-170, 187-188. El énfasis es del autor de este ensayo.

44. Respecto de este tema, véase Izquierdo (1966), capítulos I a III.

vez el más destacado de ellos fue el entonces diputado José Manuel Balmaceda quien, en 1874, durante la discusión del proyecto de ley que modificaba la base del avalúo de las propiedades agrícolas, argumentó en favor de la eliminación del impuesto de alcabala (impuesto a las ventas), en la medida en que debido a él "...se deja[ban] de hacer muchas transacciones" de tierras, lo que perjudicaba "...precisamente [a] las personas que tienen menos recursos, [a] los más pobres"[45]. Son esos rasgos del *modo de dominación* imperante en ella los que permiten argumentar que, a pesar de que durante ese período la agricultura generó importantes excedentes de alimentos, contribuyó significativamente al auge exportador y liberó un excendente abundante de mano de obra barata, limitó las posibilidades de desarrollo del país, en la medida que bloqueó el desarrollo del capitalismo en el agro y restringió el proceso de industrialización[46].

Un panorama similar se registraba en el sector minero. Allí la vigencia de procedimientos técnicos rudimentarios y relaciones de producción arcaicas, también resultaron en baja productividad, inversiones limitadas y escasa innovación. Aún en el período de mayor auge de las exportaciones de cobre, su explotación se realizaba sobre la base de un alto número de pequeñas explotaciones, era intensiva en trabajo y se ocupaban las herramientas propias del trabajo manual, siendo el nivel de mecanización muy limitado. No sólo no se habían incorporado los conocimientos y las tecnologías ya ofertadas en el mercado internacional, sino que el sector en sí había evolucionado escasamente. Si en 1835 Charles Darwin había observado que en Chile las minas tenían un aspecto singularmente quieto dada su limitada mecanización y había destacado la importancia del trabajo manual, treinta y cinco años más tarde un observador chileno, después de un largo recorrido por la región minera, comentó que eran muy pocas las minas explotadas de acuerdo con las técnicas modernas[47].

Para todos los efectos el sector minero de exportación puede ser descrito como un conjunto de explotaciones "artesanales"[48], y algunas de mayores dimensiones y recursos técnicos, todas las cuales eran viables *sólo* si persistían altos precios en el mercado internacional, a lo cual su ineficiencia contribuía en forma importante. Sin embargo, en el período 1860-1872 esa estrategia significaba ir contra la corriente en términos de lo que ocurría a nivel mundial en el campo de la producción cuprífera, en donde comenzaban a materializarse grandes inversiones que hicieron posible la extracción a escala de minerales de baja ley[49].

El atraso productivo de la agricultura y la minería durante el período 1850-1875 se tradujo, naturalmente, en una limitada demanda de bienes de consumo y de capital y en obstáculos enormes para la formación de mercados de factores –especialmente laboral–, particularmente en la agricultura. Por ello, si los sectores cruciales del crecimien-

45. Cámara de Diputados, Sesión Especial, 18.X.1873.
46. Kay (1980), p. 6.
47. Darwin (1979), p. 253. Santos Tornero (1871), p. 233.
48. El concepto fue acuñado por Vayssiere (1980), capítulos I y II.
49. Woodruff (1967), capítulo V, para el desarrollo de la minería cuprífera en España y los Estados Unidos en esos años.

to no evolucionaron hacia la lógica del mercado y más bien fortalecieron las prácticas de la "economía de antiguo régimen", no sólo se vieron limitadas las posiblidades de crecimiento y desarrollo de los sectores productivos emergentes, sino que se bloqueó la modernización del sistema económico en su conjunto.

La fuerza de las estructuras tradicionales queda en evidencia cuando se examina la reacción del liderazgo chileno ante la crisis de los años 1870. A pesar de la duración e intensidad de la depresión y de lo profundo de su origen, se recurrió a soluciones ortodoxas –medidas de política comercial y fiscal–, desechándose aquéllas de carácter tributario, a pesar de la recomendación en ese sentido de un antiguo asesor del gobierno en materias económicas –Jean Gustave Courcelle-Seneuil– quien entusiástamente recomendó la instauración de un impuesto a la renta[50]. De más está decir que la diversificación productiva, a través, por ejemplo, de un programa de fomento a la sustitución de importaciones, a pesar de ser propuesto, ni siquiera fue contemplado[51]. La búsqueda fue hacia el norte, a los yacimientos de nitrato, para preservar el acceso al mercado internacional y la estructura de poder vigente[52].

Lo importante es el poder...

¿Por qué el liderazgo chileno siguió el "camino tradicional"? La respuesta es compleja, dado el número de elementos que se conjugan. En lo fundamental, es que cualquier cambio mayor requería más que meras medidas de política económica. En el tercer cuarto del siglo XIX el proceso de cambio económico, o de desarrollo capitalista, era parte de un todo mayor que comprendía también reformas sociales y políticas y, por ende, la formación de grupos sociales capaces de crear las condiciones para su diseño e implementación. En Chile los potenciales reformadores –ya fuesen de origen en el mundo productivo o intelectual– además de ser numéricamente reducidos, fueron generalmente incorporados por la oligarquía a sus filas. Los cambios necesarios en los mundos rural y minero pasaban por la formación de coaliciones sociales y políticas capaces de provocar la alteración de cuestiones esenciales como la propiedad minera, los sistemas de organización de la fuerza de trabajo y, fundamentalmente, del sistema de tenencia de la tierra. Pero ello implicaba la modificación de las bases del poder de la oligarquía. Ese era, ciertamente, un precio demasiado alto.

De allí que una vez superada la crisis y gracias al nitrato, y a pesar de continuar creciendo, Chile comenzó a quedar rezagado en la carrera del desarrollo económico, especialmente respecto de los países a los cuales se ha hecho referencia a través de este ensayo. Así, si a comienzos del presente siglo el PBI *per cápita* en los países escandi-

50. Archivo Nacional, Fondo Nuevo, 'Varios', vol. 413, pieza 14a, Alberto Blest Gana a Aníbal Pinto; París, 3.III.1878.

51. La propuesta en ese sentido corrió por cuenta de la publicación *La Industria Chilena* entre los años 1875 y 1877.

52. Véase Ortega (1984).

navos era de alrededor de US$(1989)2.000, el de Chile se aproximaba a los US$(1989) 700, y cuando en la víspera de la Primera Guerra Mundial el de Chile se acercaba a los US$(1989)1.000, aquéllos estaban ya al borde de los US$(1989)3.000. En 1990 la brecha se había extendido a US$20.500, en moneda corriente[53].

¿En qué residió la diferencia?, o como se pregunta habitualmente en Chile, ¿qué tuvieron ellos que nosotros no tuvimos? Aparte de capital, capacidad empresarial y fuerza de trabajo calificada, que con ser factores importantes no son enteramente decisivos, contaron con otros que sí lo fueron. Pero ellos no corresponden tanto al plano de la economía propiamente tal, como al terreno institucional y socio- político.

Si W.A. Lewis tuvo razón al proponer que el período 1850-1875 fue crucial para aquellas naciones que más tarde lograron el desarrollo en la medida en que fue en ese período en que se registraron transformaciones económicas decisivas, entonces debería proponerse que también experimentaron profundos cambios sociales, y por lo tanto políticos, que alteraron dramáticamente sus estructuras de poder y su economía política.

¿Fue ese tipo de "remezón" político y social el que estuvo ausente en el caso chileno? No puede, ciertamente, haber una respuesta unívoca y definitiva. Pero esa pregunta plantea por lo menos dos puntos importantes. El primero es que una vez que esos países completaron los procesos a que se ha aludido, emergieron nuevos grupos sociales y los mercados florecieron; nuevos bienes comenzaron a ser creados y producidos, los que coadyuvaron a la creación de una nueva demanda; se desarrollaron los mercados de valores, de la tierra, del trabajo y financieros, y los gobiernos inyectaron cuantiosos recursos en diferentes sectores. Junto a ello se inició la explotación de nuevas fuentes de materias primas y alimentos y se abrieron posibilidades para el establecimiento de nuevos sistemas educacionales así como para el desarrollo tecnológico. En otras palabras, se abrió el camino para el establecimiento de "combinaciones nuevas" que son las que hacen posible el desarrollo económico.

El segundo punto, y como contrapartida a los casos anteriores, implica la posibilidad de que para entonces el arreglo institucional chileno de la década de 1830 había pasado a constituirse en un obstáculo para los cambios que era necesario emprender como paso previo a la entrada en el camino del desarrollo. El crecimiento, a la larga, consolidó la estructura de poder tradicional, y ésta era incompatible con un proceso integral de modernización económica, del cual la industrialización debía ser el eje principal.

53. Para los países escandinavos, he empleado los datos de Maddison (1991), Apéndice A. Para Chile, los cálculos de J. Gabriel Palma, "External desequilibrium and internal industrialization. Chile, 1914-1935", en Abel y Lewis (1985), p. 319. Para 1990, World Bank (1992), Appendix A-2.

BIBLIOGRAFÍA

ABEL, G.C. y LEWIS, C.M. (1985), *Latin America: Economic Imperialism and State*, London.

BAUER, A.J. (1975), *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge.

BENAVIDES, L. (1968), "Relaciones comerciales en Chile con México y Centroamérica", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, nº79.

BURNS, B. (1980), *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineenth Century*, Berkeley-Los Angeles.

CARMAGNANI, M. (1984), *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930*, Barcelona.

CAVIERES, E. (1988), *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880: un ciclo de historia económica*, Valparaíso.

CIFUENTES, A. (1936), *Memorias*, Santiago.

DARWIN, CH. (1979), *The Voyage of the "Beagle"*, London.

EDWARDS, A. (1932), *Cuatro presidentes de Chile*, Valparaíso.

FETTER, F.W. (1931), *Monetary Inflation in Chile*, Princeton.

GALBRAITH, J.K. (1990), *A Short History of Financial Euphoria*, Knoxville.

GONZALEZ, M. (1872), "Las sociedades anónimas o el crédito y la riqueza en Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, vol. XLI.

HOBSBAWM, E.J. (1972), *Bandits*, London.

HUMUD, C. (1974), *El sector público chileno*, 1830-1930, Santiago.

IZQUIERDO, G. (1966), *Un estudio de las ideologías chilenas. La Sociedad Nacional de Agricultura en el siglo XIX*, Santiago.

JOCELYN-HOLT, A. (1993), "La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfrenada", en Ortega.

JOHNSON, J. (1948), *Pioneer Telegraphy in Chile, 1852-1876*, Stanford.

KAY, C. (1980), "Política económica, alianza de clases y cambios agrarios en Chile", *Economía*, vol. VIII, nº 5.

LABROUSSE, E. (1948), *Le mouvement ouvrier et les théories sociales en France de 1815 à 1848*, Paris.

LAVIN, J. (1987), *Chile: la revolución silenciosa*, Santiago.

LEWIS, W.A. (1978), *Growth and Fluctuations, 1870-1914*, London.

MADDISON, A. (1982), *Phases of Capitalist Development*, Oxford.

– (1991), *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas*, Barcelona.

MANTOUX, P. (1961), *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century. An Outline of the Beginnings of the Modern Factory System in England*, New York.

MUÑOZ, O. (1971), *Crecimiento industrial en Chile, 1914-1965*, Santiago.

ORTEGA, E. y TIRONI, E. (1988), *Pobreza en Chile*, Santiago.

ORTEGA, L. (1976), *Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879*, Tesis Doctoral inédita, London.

– (1981), "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879", en *Nueva Historia*, nº 2.

– (1982), "The First Four Decades of the Chilean Coal Mining Industry, 1842-1880", *Journal of Latin American Studies*, vol. XIV, parte 1ª.

– (1984), "Nitrates, Chilean entrepeneurs and the Origins of the War of the Pacific", *Journal of Latin American Studies*, vol. XVI, parte 2ª.

– (1985), "Economic policy and growth in Chile from independence to the war of the Pacific", en Abel y Lewis.

– (1992), "La frontera carbonífera, 1840– 1900", en *Mapocho*, nº 32.

– (ed.) (1993), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago.

RUMBOLD, H. (1876), "Report on the Progress and General Condition of Chile", en *British Parliamentary Papers*.

SANTOS TORNERO, R. (1871), *Chile Ilustrado*, Valparaíso.

SAUL, S.B. (1976), *The Great Victorian Boom, 1848-1864*, London.

TASC (1993), *Trabajo de Asesoría Económica al Congreso Nacional*, Georgetown University, nº45.

TIRONI, E. (1988), *Los silencios de la revolución*, Santiago.

VALENZUELA, J.S. (1985), *Democratización vía reforma: la ampliación del sufragio en Chile*, Buenos Aires.

VAYSSIERE, P. (1980), *Un siècle de capitalisme minier au Chili, 1830-1930*, Paris.

WOODRUFF, W. (1967), *The Impact of Western Man. A Study of Europe's Role in the World Economy 1750– 1960*, New York.

WORLD BANK (1992), *World Development Report 1992. Development and Environment*, New York.

WOYTINSKY, W.S. y E.S. (1953), *World Population and Production*, New York.

– (1955), *World Commerce and Government*, New York.

WRIGHT, T.C. (1982), *Landowners and Reform. The Sociedad Nacional de Agricultura*, Urbana.

■

"The limits of industrialization in Chile, 1850-1880".

ABSTRACT

This article examines the first stages of industrialization in Chile by the middle of the nineteenth century, in the context of the expansion experienced by the international economy between 1850 and 1873. It also examines the factors that stifled that process, stressing the importance of those pertaining to the traditional or colonial economic and social order.

■